Perspectiva europea del colonialismo

Alexandre Kojève

Perspectiva europea del colonialismo' es la traducción de una conferencia dictada por Alexandre Kojève ante el Rhein-Rhur Club de Düsserdolf el 16 de enero de 1957, por invitación de Carl Schmitt. La conferencia 'Kolonialismus in europäischer Sicht' fue redactada originalmente en alemán y publicada póstumamente en *Schmittiana* VI (1998), acompañando a la edición de la correspondencia entre los dos pensadores citados. Antes de esta edición, sin embargo, estuvo disponible la traducción que el mismo Kojève hizo al francés con algunas correcciones poco significativas, publicada en 'Capitalisme et socialisme: Marx est Dieu; Ford est son prophète', *Commentaire*, 9 (1980) y en 'Du Colonialisme au Capitalisme donnant', *Commentaire*, 87 (1999). Asimismo, hay traducciones al inglés, 'Colonialism from a European Perspective', ed. de Erik De Vries, en *Interpretation*, 29/1 (Fall 2001), y al italiano, 'Il colonialismo nella prospettiva europea', ed. de Nina Ivanoff, en *Adelphiana*, 2 (2003).

El objetivo principal de estas páginas es ayudar a una ponderación de Alexandre Kojève, más cercana a su valor intelectual que su simple clasificación como comentarista genial y heterodoxo de Hegel, que resulta conveniente para una adecuada contextualización de un texto dedicado específicamente a la economía política. La razón es que, siendo bien conocido que Kojève inició una carrera política, siempre como funcionario, tras la Segunda Guerra Mundial, el modo en que esto marca su escritura no está tan estudiado. No podemos saber, pues, hasta que punto su palabra coincide con su pensamiento.

Los ecos de la obra de Kojève llegan al lector medio actual a través de caminos dispares. En principio, la influencia de sus lecturas de los años 30 sobre Hegel permanece viva a través de toda una generación de pensadores franceses que lo reconocieron como su gran maestro, como Queneau, Merleau-Ponty, Breton, Lacan o Sartre, por ejemplo, cuyos libros cuentan todavía con cierto predicamento. Un segundo camino es el propio de la voluntad de una reformulación del marxismo que atienda a las iluminaciones de Kojève sobre la dialéctica del amo y el esclavo o las naturalezas del capitalismo o el colonialismo económico. Esto sería del máximo interés para los estudios postcoloniales, reuniendo su faceta de filósofo con su praxis de hombre de Estado. Un tercer camino para llegar a Kojève es el artículo y el *best-seller* de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia, que toma prestadas las ideas de Hegel-Kojève de forma más o menos oportunista. El cuarto camino es el estudio de su amigo y rival filosófico Leo Strauss. La estrecha relación proveniente de un mutuo reconocimiento que ninguno de los dos solía prodigar ha puesto sobre la pista de la formidable inteligencia y profundidad de Kojève a bastantes estudiosos estadounidenses.

Este interés que aún es principalmente vicario sólo es entendible si nos damos cuenta de que, como nos sugiere Stanley Rosen, no puede haber kojèvianos, debido a que a éstos sólo les quedaría repetir el *corpus* hegeliano en una época posthistórica sin filosofía. Stanley Rosen, alumno a la vez de Strauss y Kojève, tuvo la deferencia de dejar en dos escritos una semblanza del pensador ruso-francés que revela hasta qué punto tanto su escritura como su conversación estaban dominadas por la voluntad de cambiar el mundo, y no por la de diálogo, o búsqueda común de la verdad.

> Kojève superaba no sólo a sus contemporáneos, sino también a sus estudiantes. Añadiré mi voz a la de aquéllos que lo consideran la persona más inteligente que han conocido jamás... Toda libertad espiritual o filosófica estaba ausente en este ser superior, en mi opinión porque en el fondo era un escéptico, en el sentido moderno del término, próximo al nihilismo. Sin un sistema genuino o la capacidad socrática de existir filosóficamente en la ausencia o incluso imposibilidad de sistemas, Kojève terminó construyendo un pseudosistema de complejidad creciente y, algo bastante extraño en alguien que odiaba a los académicos, de rigidez escolástica... Por no ser un filósofo en el sentido clásico del término, Kojève dirigió su energía a la segunda mejor forma de vida, esto es, la del estadista, una vida que las excentricidades de la historia le permitieron vivir a una escala internacional. Supongo que dirigió su atención al serio juego de instituir una revolución filosófico-política... Kojève mismo no ocultaba el hecho de que su interpretación de Hegel, y por tanto de la Historia europea, estaba dirigida al objetivo práctico de influenciar esa historia, en vez de estarlo a lo que consideraba imposible: llegar a una comprensión teórica de la naturaleza que carecía de confirmación en la historia misma.[1]

Al leer la conferencia que sigue, no podemos olvidar que Kojève es un hombre de Estado más que un filósofo, y tampoco que mientras la dicta, Francia mantiene sus colonias principalmente mediante la represión. En especial, no podemos olvidar que va a hablar de colonialismo sin mencionar ni una vez el nombre "Argelia". Respecto a esto, la fecha de la conferencia no puede ser más significativa. Mientras Kojève dictaba la conferencia, las tropas británicas y francesas estaban completando su retirada del Canal de Suez. Es un lugar común que tras ser ninguneados por los Estados Unidos en la Crisis de Suez, el Reino Unido y Francia tomaron conciencia de que ya no eran grandes potencias. Pero "tomar conciencia" es una descripción algo vaga cuando se refiere a una entidad nacional. Aquello en lo que todo el mundo reparó fue que estos dos países ya no tenían la capacidad de decidir y ejecutar acciones bélicas por sí mismos, ni siquiera, como en este caso, aliándose entre ellos. Henry Kissinger mantiene que fue a raíz de este choque con la realidad cuando el Reino Unido apostó firmemente por una "relación especial" con los Estados Unidos, adoptando definitivamente el papel de amigo y consejero del poderoso. ¿Y Francia? Francia apostó por recuperar su

1. Stanley Rosen, 'Kojève's Paris: A Memoir', *Metaphysics in Ordinary Language*, Yale UP, New Haven, 1999, p. 276. La otra obra citada, que contiene un examen de la teoría de Kojève, es el capítulo central, que da nombre al conjunto, de Stanley Rosen, *Hermeneutics as Politics*, Oxford UP, Oxford, 1987 (*Hermenèutica com a política*, trad. de X. Ibáñez, Barcelonesa d'Edicions, Barcelona, 1992).
2. Véase Henry Kissinger, *Diplomacy*, Touchstone, New York, 1995, pp. 522 y ss.
3. Alexandre Kojève, 'Outline of a Doctrine of French Policy', *Policy Review*, 126 (2004), trad. de Erik de Vries.
4. Rosen señala que, en 1960, Kojève era considerado el segundo hombre más importante de Francia después del general De Gaulle, por opiniones tan informadas como las de Raymond Aron o André Philip, jefe de la delegación francesa que negoció el GATT. Kojève mismo bromeaba considerándose un dios, esto es, alguien con el poder de crear un mundo. Véase Stanley Rosen, *Metaphysics in Ordinary Language*, pp. 270-271.

poder promoviendo una alianza con la República Federal Alemana y otros países europeos, en la cual se aceptase su liderazgo político.[2] Por tanto, también el lugar de la conferencia, Düsserdolf, es significativo.

Pero Kojève no podía tener esta perspectiva cuando escribió en 1945[3] abogando por la creación de un Imperio Latino en el cual Francia lograse subordinar a su liderazgo a Italia y España, y se convirtiese en un poder mundial que reclamase como suya la influencia sobre la orilla sur del Mediterráneo. En estas anotaciones, Kojève todavía consideraba al Reino Unido una gran potencia. En 1957, quedaba claro que el Imperio Latino necesitaría más mano de obra, para ser una Europa fuerte que controlase, igualmente, la porción mediterránea del tercer mundo. Si bien es el gran impulsor de la idea de un "Estado universal y homogéneo", no dejó de trabajar en vida por evitarlo, intentando crear un espacio mundial según la vieja idea europea de un equilibrio de poderes que impidiese la hegemonía.

Las anotaciones de 1945 de Kojève recuerdan algo a Maquiavelo, debido, además de a su crudeza, a la añoranza de un príncipe capaz de devolver a Francia la "grandeur" a cualquier precio. No podemos dejar de identificar las decisiones de De Gaulle, como su acercamiento a la Unión Soviética, su política colonial o su voluntad europeísta, con las ideas de su subordinado.[4] Visto su particular carácter de hombre de Estado y la ausencia de una voluntad de comunicación puramente exotérica, no podemos sino hacer un esfuerzo por comprender las implicaciones de su concepto de "colonialismo donante".

Señoras y señores:

Antes de empezar con la conferencia, me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento al Rhein-Rhur Club, por su gentil invitación. También me gustaría disculparme por mi pobre alemán. Es todo un placer dar una conferencia en la lengua de Hegel, pero mi alemán deja mucho que desear, así que debo solicitar su indulgencia. Por último, me gustaría repetir lo que el señor Koch ya les ha comentado: que todo lo aquí diga es mi propia opinión, la cual presento, además, no como un burócrata francés, sino exclusivamente como ciudadano privado y, si acaso, como antiguo estudiante de Heidelberg.

Me gustaría subrayar que en esta conferencia he intentado evitar, con plena conciencia y deliberación, todo aquello que sea de alguna forma político o pueda parecerlo. He intentado despolitizar de manera radical todos los conceptos tratados, sobre todo el concepto del supuesto colonialismo. Así, examinaré y trataré todos los problemas con una perspectiva económica, exclusivamente de economía nacional.

1. La palabra "capitalismo" se acuñó en el siglo XIX y Karl Marx dio a este concepto un significado muy preciso y específicamente económico. Marx entendió por capitalismo un sistema económico caracterizado por lo siguiente: primero, la economía capitalista es una economía industrializada; segundo, en este sistema, los medios de producción industrial no pertenecen a la mayoría de la población, que hace el trabajo físico (con esos medios), sino a una minoría o elite de supuestos capitalistas que "guía" o "dirige" tanto económica como políticamente; tercero, este sistema está construido de tal forma que la mayoría trabajadora, llamada "proletariado", no se beneficia en absoluto del progreso técnico o la industrialización, o si se prefiere, de la "racionalización" de la producción.

El progreso de la tecnología industrial aumentó la recompensa del trabajo o, como se dice ahora, la "productividad"; por tanto, se creó una "plusvalía" del trabajo. Sin embargo, esa "plusvalía" no fue pagada a la masa trabajadora, sino que fue retenida por la minoría capitalista. Así, a pesar del progreso técnico, la mayoría trabajadora de la población no vio incrementado su nivel de vida, que consistía más bien en lo mínimo para la subsistencia y que no podía ser disminuido. Por el contrario, el progreso técnico permitió un incremento constante en los ingresos de la minoría capitalista.

He dicho "incremento en los ingresos", y no en el nivel de vida, de forma deliberada. Igual que hay un mínimo para la subsistencia, también hay un máximo para la existencia, esto es, un *optimum* de vida que no puede ser sobrepasado. Y ese *optimum* ya había sido alcanzado por la minoría "dirigente" mucho antes de la industrialización. Marx lo señaló muy bien, por cierto, y lo dijo incluso en sus trabajos científicos.

Por tanto, sólo una mínima parte de la plusvalía capitalista era consumida. Casi toda era "invertida" y así servía para el progreso futuro, esto es, la expansión y "perfección" constante de la industrialización o racionalización de la economía nacional.

De cualquier manera, insisto, el "capitalismo" que Marx tenía en mente estaba estructurado de tal forma que la mayoría trabajadora no se beneficiara de este progreso y, aunque no se empobreciese en términos absolutos, algo por completo imposible, lo hacía en términos relativos: la diferencia entre sus ingresos y los ingresos combinados de la elite se hizo cada vez mayor.

De esta teoría marxista de la formación de capital y la plusvalía, Marx y sus seguidores del siglo XIX derivaron las bien conocidas consecuencias sociales y políticas. Se profetizó la necesidad histórica de la llamada "revolución social". Se dijo: la formación de capital fundada en la plusvalía destruye el equilibrio social, así que el sistema entero se colapsará antes o después. Y a ese colapso violento del capitalismo se le llamó "revolución social".

Hoy podemos afirmar tranquilamente que los profetas marxistas erraron, porque precisamente en los países más capitalistas no ha existido la "revolución social". Y hoy en día ninguna persona seria diría que hay alguna posibilidad de que tal revolución se dé en ellos.

Pero aunque ya no sea posible negar estos hechos con seriedad, es posible interpretarlos incorrectamente. Alguien podría decir que Marx erró en sus predicciones porque sus fundamentos teóricos eran falsos, algo que, de hecho, oímos a menudo. En mi opinión, esta interpretación no sólo es falsa, sino además peligrosa. Porque Marx no erró a causa de un fallo teórico, sino precisamente a causa de que su teoría era correcta.

¿Cómo pudo tener lugar ese error, generalmente reconocido hoy día? No es porque no hubiera revolución en Occidente, aunque el capitalismo descrito por Marx continuara existiendo allí. Tampoco erró Marx

porque, como alguno gustaba de decir en el siglo pasado, no existiera absolutamente nada como el capitalismo que describía. De hecho, el fallo de Marx radicó, primero, en que el capitalismo era exactamente como él lo describió, y segundo, en que el capitalismo fue capaz de resolver sus defectos económicos —o, si se quiere, sus "contradicciones"—, descubiertos y descritos por Marx, justamente en la dirección que Marx indicó, y ciertamente, no de un modo "dictatorial" o "revolucionario", sino pacífico y democrático.

Marx y los marxistas, en verdad, cometieron un único error. Creyeron que los capitalistas eran tan simples e ingenuos, tan ciegos e ignorantes, como lo eran generalmente los economistas políticos e intelectuales burgueses, que creían haber "refutado" la teoría marxista en libros de mayor o menor grosor. No fue así; de haberlo sido, Marx se habría equivocado de otra forma. Los capitalistas, sí, publicaron libros "antimarxistas", incluso algunos (como jóvenes estudiantes) llegaron a leerlos, pero hicieron justo lo contrario de lo que se podía extraer de esos libros, esto es, reconstruyeron el capitalismo de una forma marxista.

Por decirlo en pocas palabras, los capitalistas vieron exactamente las mismas cosas que Marx vio y expresó, aunque de forma independiente y con cierto retraso: que el capitalismo no podía progresar, e incluso ni siquiera existir, si la "plusvalía" producida mediante la tecnología industrial no era dividida entre la minoría capitalista y la mayoría trabajadora. En otras palabras, los capitalistas postmarxistas entendieron que el capitalismo moderno y altamente industrializado de producción en masa no sólo permitía, sino que requería, un incremento constante en los ingresos (y en el nivel de vida) de la masa trabajadora. Y obraron en consecuencia.

Brevemente, los capitalistas hicieron justo lo que debían hacer de acuerdo con la teoría marxista para imposibilitar la "revolución social": la hicieron innecesaria. Esta reconstrucción "marxista" del capitalismo original fue completada de forma más o menos inadvertida. Pero, como pasa siempre, detrás de esto también había un gran ideólogo. Se llamaba Henry Ford. Y así podemos decir que Ford fue el único y auténtico gran marxista del siglo XX. Los demás, los que conocemos por "teóricos", fueron más o menos "románticos" que distorsionaron las teorías marxistas al aplicarlas a relaciones no capitalistas, esto es, a sistemas económicos que Marx no tuvo en cuenta.

Pese a todo, después de que Ford hiciera conscientemente aquello que algunos capitalistas avanzados habían hecho antes que él de forma más o menos inconsciente, surgieron teóricos intelectuales que desarrollaron teorías fordistas bajo el nombre de "pleno empleo", en un lenguaje incomprensible para el hombre corriente, tan intrincado que era verdaderamente difícil entender su relación con las ideas fordistas, que eran propiamente marxistas. De hecho, tan pronto como esas ideas se llevaron a la práctica, las teorías del "pleno empleo" refutaron las teorías pseudomarxistas.

Sea como fuere, el hecho es que hoy en día el capitalismo descrito y criticado por Marx, esto es, el viejo capitalismo, que creaba capital de inversión limitando artificialmente los ingresos de la clase trabajadora a un mínimo de subsistencia, no existe ya en ningún país industrializado, salvo en la Unión Soviética, donde, además, se llama "socialismo" e incluso "comunismo", pero muestra los mismos efectos sociopolíticos, policiales por una parte, revolucionarios por la otra, que el capitalismo europeo del siglo XIX, en total conformidad con la teoría marxista, porque según esta teoría, no importa si la plusvalía es invertida por individuos privados o burócratas del Estado. Sólo importa que la plusvalía formadora de capital se calcule de tal manera que la masa trabajadora permanezca cerca del mínimo de subsistencia.

2. Pero lo que he dicho hasta ahora, señoras y señores, no contiene nada nuevo. Hoy en día, es una obviedad. Y probablemente se preguntarán por qué hablo de ello, más aún cuando el título de mi conferencia no habla de "capitalismo", sino de "colonialismo". Pues he hablado de Marx y el capitalismo marxista, así como de su superación pacífica y democrática —o si se quiere, "política"—, porque, en mi opinión, este viejo capitalismo no ha sido total y completamente superado, como pudiera parecer a primera vista. Y no sólo porque continúe existiendo en la Rusia soviética (y en sus países satélites) bajo el más o menos correcto nombre de socialismo, sino porque, desafortunadamente, también pervive en Occidente, donde se le conoce actualmente por "colonialismo".

Marx mismo, de hecho, sólo pensó en la Europa occidental, algo completamente justificable en su época. Pero no en ésta, cuando muchos de los que lo parafrasean o critican tienen la misma concepción del mundo que un economista político romano de la antigüedad, excepto por haber incluido en su *orbis terrarum* a los Estados Unidos de América. En realidad, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, el llamado "mundo occidental" no es ya únicamente europeo o euroamericano. Es también, y quizá incluso predominantemente, al menos a largo plazo, africano y asiático.

Cuando observamos este mundo como un todo, es decir, como es en realidad, no es difícil ver cómo la definición marxista de capitalismo se adapta a la perfección, incluso con todas las consecuencias que comporta de forma "lógica", es decir, no sólo "fáctica", sino "necesariamente". De hecho, podemos ver cómo hoy en día los medios de producción más importantes pertenecen a una minoría euroamericana que se beneficia en exclusiva del progreso tecnológico, y cómo las ganancias de esa minoría aumentan año tras año, mientras que la minoría afroasiática, aunque no se empobrece en términos absolutos (lo que sería físicamente imposible), lo hace en términos relativos. De ningún modo es cierto que esto sea consecuencia de dos sistemas económicos separados, porque la interacción económica entre Euroamérica y Afroasia es bastante fuerte. Más bien, el sistema está construido de tal forma que enriquece cada vez más a la parte más pequeña, mientras que la otra parte, la mayor, nunca remonta el mínimo absoluto de subsistencia.

En otras palabras, en ningún país industrializado, con la salvedad de Rusia, existe ya un "proletariado" en el sentido marxista, esto es, una clase paupérrima, que no pueda sino subsistir y que carezca de comodidades. En los llamados "países capitalistas", todos son aproximadamente igual de ricos, y en ningún modo pobres, porque todo el mundo vive en una relativa abundancia. Pero si se observa el mundo real como un todo, enseguida se encuentra un proletariado gigantesco, precisamente en el verdadero sentido marxista de la palabra. Y como existe en relación con una unidad o sistema económico, se puede hablar también de una "plus-

valía" en el sentido marxista, disponible únicamente para los países que controlan los medios de producción industrial.

Con una perspectiva económica, el modo en que esta "plusvalía" es obtenida y retenida es completamente irrelevante. Lo único que importa es que ese valor añadido contribuye a la acumulación de capital en los países industrializados. Y por tanto, aunque con cierta reserva, podemos afirmar que el sistema económico occidental moderno sigue siendo absolutamente capitalista, en el sentido marxista de la palabra.

La reserva radica en que, tanto en el plano psicológico-político como en el económico, hay una diferencia importante entre el sistema en el cual la plusvalía es extraída de la masa trabajadora dentro del paí, y aquél en el cual es extraída de otros países. Esta diferencia puede ser delimitada terminológicamente si definimos los conceptos de capitalismo, socialismo y colonialismo de la siguiente manera. Podríamos reservar la palabra "capitalismo" para el capitalismo europeo clásico del siglo XIX, aquél en el cual la plusvalía, que se extrae del propio país, es invertida por individuos particulares. Por socialismo (y no me refiero al socialismo teórico, que todavía no existe en ningún sitio, sino al sistema que existe actualmente en los países sovietizados), esto es, por socialismo soviético, entenderíamos aquel sistema en el cual la plusvalía se extrae del propio país, al igual que en el capitalismo, pero es invertida por el propio Estado. Por último, la palabra "colonialismo" indicaría el sistema en el cual el valor añadido, al igual que en el capitalismo, no es invertido por el Estado, sino de forma privada, pero no se origina en el propio país, sino fuera de él.

Estas definiciones nos pueden indicar de forma inmediata que el capitalismo real ya no existe en ninguna parte, pero también que el colonialismo está bastante emparentado con este capitalismo extinto. Así se puede comprender también la similitud existente entre la postura que los marxistas contemporáneos adoptan frente al colonialismo con la que Marx mismo tomó frente al capitalismo clásico. Por un lado, ratifican que la diferencia entre la mayoría afroasiática y la euroamericana no deja de crecer; por otro lado, infieren de ello que este sistema acabará colapsándose debido a su falta de equilibrio. Además, asumen, como Marx, que son los únicos que observan este proceso y que extraen conclusiones de él, mientras que los colonialistas actuales sufren de ceguera y estupidez, las mismas que se presumía de los capitalistas en la época de Marx.

Ahora bien, si esto fuera cierto, los neomarxistas podrían perfectamente acertar con su predicción sobre el colonialismo. Pero fue justo por ese motivo por lo que dije al principio de la conferencia que sería extremadamente peligroso interpretar incorrectamente el hecho de que la predicción de Marx respecto al capitalismo fallara. Vimos que el capitalismo no sufrió un colapso, aunque la "contradicción" descubierta por Marx siguiera existiendo. En realidad no hubo revolución social en Occidente porque el capitalismo mismo neutralizó esta contradicción, de una forma pacífica y democrática, reconstruyendo su "economía" de una manera "fordista". De este hecho histórico se puede extraer lógicamente una única conclusión: que para prevenir el colapso del colonialismo, éste tiene que ser reconstruido de una forma racional análoga a la que emplearon los capitalistas, con Ford y después de él, para reconstruir el viejo capitalismo.

3. Dicho esto, veamos cómo están las cosas, desde este punto de vista, en el mundo occidental. La situación es bastante peculiar, y en cierta medida, inquietante. En el viejo capitalismo, la contradicción "marxista" fue superada en la práctica por los mismos capitalistas "fordistas", de forma activa y eficaz. La nueva teoría científica del "pleno empleo" apareció sólo después, y los Estados tardaron algún tiempo en adaptarse al sistema económico ya existente. En el colonialismo contemporáneo, la situación es justo la inversa. Hay ya bastantes trabajos teóricos de calidad sobre el problema (por ejemplo, en el contexto de las Naciones Unidas); hay también declaraciones explícitas y programas por parte de diferentes gobiernos, como por ejemplo, el conocido Punto IV del presidente Truman. Pero aquellos que practican la economía han tomado una postura reservada e incluso escéptica, y se comportan como si el asunto no fuera con ellos, como si fuese un problema más bien político, por decirlo así.

En realidad es un problema político, incluso puede que el mayor problema político del siglo XX. Pero, como he mencionado, me gustaría rechazar por completo esta aproximación. Sobre todo porque el problema es indudablemente, y más que ninguna otra cosa, un problema económico. Por decirlo de forma coloquial, pero apropiada: los clientes pobres son malos clientes, y si la mayoría de los clientes de una empresa es pobre, esto es, mala, entonces la empresa también es mala; en cualquier caso, no será una empresa sólida si necesita expandirse todos los años para evitar la bancarrota. Y a nadie debería sorprenderle que esa empresa fuera a la bancarrota un buen día.

Así que tiene bastante sentido preguntarnos cómo podría el colonialismo ser reconstruido económicamente a la manera "fordista". Al respecto, hay tres posibles métodos, los cuales ya han sido propuestos.

El primero consistiría en los conocidos *Terms of Trade*. Esto es, se podría pagar más por los productos de los países subdesarrollados, que son principalmente materias primas, de lo que se ha venido pagando hasta hoy. El propósito sería estabilizar los precios de las materias primas, hasta llevarlos a un nivel que permitiera vivir a los países exportadores, y no sólo vivir seguros, sino hacerlo cada vez mejor, y a la vez, permitir también que los países importadores vivan cada vez mejor. En otras palabras, el moderno colonialismo podría seguir los pasos del viejo capitalismo, dándose cuenta de que es tanto política como económicamente ventajoso pagar la mayor cantidad posible por el trabajo, no la menor. Este era el verdadero objetivo de los polémicos *Commodity Agreements*, que ciertamente fueron bastante discutidos, y además en bastantes idiomas: cinco meses en la Conferencia de La Habana de 1957 y cuatro meses en el GATT de Ginebra de 1954. Y todos los países estuvieron por fin dispuestos a firmarlos. Fue de lo más placentero percatarse de que habría personas subdesarrolladas en los países subdesarrollados que no podrían llegar a entender jamás por qué, por ejemplo, el petróleo producido en Oriente Medio debería costar casi la mitad menos que el petróleo producido en Tejas. Ni tampoco por qué, si en verdad existía una unión mundial, eran precisamente esas materias primas las que se exportarían a cambio de casi nada, mientras que los precios industriales apenas iban a cambiar. Sí, todos los países estaban de acuerdo en Ginebra. Todos menos uno, que estaba en contra, nada menos que por una cuestión de principios. Pero esa

oposición fue suficiente, y nadie volvió a sacar el tema, al menos por el momento. Porque el único país con principios se llamaba Estados Unidos.

El segundo método sería proceder de forma directa. Se podría, por decirlo así, recoger la plusvalía de las materias primas y el resto de los productos coloniales, igual que ahora, pero en vez de invertirlos en los países ricos e industrializados, hacerlo en los países subdesarrollados y pobres, de los que, al fin y al cabo, se está extrayendo la plusvalía. Y esto se podría realizar a través de las organizaciones mundiales adecuadas, como SUNFED, o cualquier otra por el estilo. De esto también se ha discutido bastante, y también a nivel internacional, aunque no exactamente en los términos en que yo lo he expuesto, sino como un asunto "noble", como si los países industrializados fuesen a acudir en ayuda de los países subdesarrollados, financiándolos a través de una organización internacional de inversión. Finalmente, tras cinco años de discusiones, todos los países se pusieron de acuerdo en poner 250 millones de dólares a disposición de los países subdesarrollados. Pero la suma aún no se ha podido recoger, quizás por ser tan pequeña... Y en las Naciones Unidas aún se sigue discutiendo.

En tercer lugar, se podría proceder de forma directa, pero esta vez a escala nacional. Un país industrializado podría extraer la plusvalía colonial con una mano (la derecha), como hacen todos, y con la otra (la izquierda), invertir la plusvalía, o quizás incluso más, en uno o más países subdesarrollados. Ciertamente, si este país en verdad invierte de este modo toda la plusvalía, o incluso una cantidad aún mayor, no deberíamos hablar de colonialismo en el sentido convencional, porque de hecho no se está llevando nada, e incluso está dando más de lo que recibe. Es más, si lo que gasta supera con creces a lo que recoge, deberíamos considerarlo "anticolonial".

Por lo que conozco, hay dos países que aplican en la actualidad este método: Francia e Inglaterra. En el caso de Francia, no importa cuán al alza se calcule la plusvalía colonial, incluyendo el sobreprecio de los productos franceses, tarifas preferenciales, o lo que se quiera; queda claro que desde la guerra, Francia ha invertido de cinco a seis veces más en sus colonias y ex-colonias de lo que ha recogido de ellas como plusvalía. Las estadísticas de Inglaterra las conozco con menor precisión, pero hasta dónde sé, le sucede lo mismo.

Se podría resumir la situación actual del mundo occidental de la siguiente forma:

Uno. La fortaleza del colonialismo "por principios" es Washington.

Dos. Todos los países industrializados son de hecho países coloniales, excepto Francia e Inglaterra.

4. Es evidente que lo que acabo de decir debe ser tomado *cum grano salis*, es decir, que es una broma. Pero una broma que los filósofos conocen por "ironía socrática", que, de todas formas, puede ser más o menos acertada. En otras palabras: mi conferencia tiene un fondo serio presentado de una manera "pedagógica".

La seriedad radica en que el verdadero problema de nuestro tiempo y de nuestro mundo no es el colonialismo político, sino el económico. Porque el colonialismo político apenas se puede decir que exista. Sólo unos pocos países están bajo un "régimen" verdaderamente colonial. Y aunque existiesen o pudieran darse dificultades locales a causa de su existencia, el mundo occidental no sería destruido por ellas. Este colonialismo no es ya un problema mundial. En mi opinión, es el colonialismo económico el que es un problema mundial, e incluso un peligro mortal.

Otro asunto serio es que no sólo es posible practicar el colonialismo careciendo de colonias, sino que de hecho, todos los países industrializados, con mayor o menor conciencia de ello, son colonialistas, en el sentido de que sólo ellos se benefician del progreso tecnológico y se enriquecen cada vez más, mientras que los países atrasados siguen siendo tan pobres como antes, y de hecho son cada vez más pobres en términos relativos.

Igualmente seria es, por último, la imposibilidad de solucionar el problema mientras que los que practican la economía continúen manteniéndose al margen. El colonialismo moderno precisa un nuevo colectivo "Ford" con la misma urgencia que el viejo capitalismo necesitó a los muchos Fords que emergieron, en su momento, de forma espontánea. Me refiero a personas que produjeron para un mercado de masas, el cual crearon ellos mismos al incrementar los sueldos, y por tanto, los costes de producción, por razones económicas, sin esperar a que el Estado creara este mercado de masas por motivos teóricos o políticos.

Todo esto es lo que me parece ser la ley del mundo contemporáneo, el *nomos* de la tierra occidental.

Acabo de leer, en uno de los ensayos más inteligentes y brillantes que he leído nunca, que el *nomos* de los antiguos griegos proviene de tres raíces: tomar, dividir y pacer, esto es, usar o consumir. Esto me parece que tiene mucho sentido. Pero los antiguos griegos no conocían que el *nomos* moderno tiene también una cuarta raíz, tal vez central: dar. Esta raíz de la ley sociopolítica y económica del moderno mundo occidental se les escapó a los griegos, quizás por ser un pequeño pueblo de paganos, y no una gran potencia cristiana. Quizás.

Tengo claro que no estoy haciendo ninguna crítica al profesor Carl Schmitt, porque su "dividir" incluye implícitamente mi "dar": si todo ha sido tomado, sólo es posible la división si alguien dona lo que los otros reciben. Sólo quería apuntar que, desde un punto de vista etimológico, el verbo "dar" puede sonar mejor que el verbo "tomar", aunque en la práctica signifiquen lo mismo. Así, solemos decir que nosotros somos los que pagamos los impuestos, no que éstos se nos quitan, a no ser que los consideremos excesivos o injustos.

De hecho, las palabras tienen un significado bastante mayor de lo que se cree. Al final, es el lenguaje el que distingue al hombre del animal. Y precisamente con esta perspectiva lingüística, las cosas no marchan del todo bien para nuestro mundo occidental. El viejo capitalismo receptor, que daba a las masas tan poco como le fuera posible, fue rebautizado como "socialismo" en Rusia (al menos tras su nacionalización). Pero nuestro moderno capitalismo donante, que ofrece a las masas domésticas tanto como sea posible, no tiene nombre aún. Al menos, en tanto que da. Porque en tanto que toma, se llama "colonialismo". ¿Y quién desconoce este nombre hoy en día? Pero lo último en aparecer, el colonialismo donante, que da a los países atrasados más de lo que toma de ellos, es todavía anónimo. Sin duda, se trata sólo de un recién nacido, claro que pequeño y débil, aunque ¿también de inusual belleza?

Según la costumbre cristiana, a un recién nacido hay que bautizarlo con un nombre, y me parece una costumbre buena y saludable.

Porque, con nombre o sin él, el *nomos* del mundo occidental moderno es, para mí, lo que he llamado de una manera improvisada y bastante mala, el "colonialismo donante". Y por la naturaleza de "ley" de este colonialismo, todos los países industrializados habrán de someterse a ella tarde o temprano: en particular, aquellos países que no tienen ninguna "colonia" a la que dar nada y que, por tanto, se abandonan a la forma más pura de colonialismo receptor, usualmente, además, conservando una excelente conciencia.

5. Si así fuera, si existiera esa ley, tendría sentido preguntarse: ¿cuánto, de qué modo y a quién habría que hacer los desembolsos dentro del contexto del colonialismo donante? No me gustaría acabar la conferencia sin esbozar una respuesta a estas tres cuestiones fundamentales.

Cuánto se debe pagar sería la primera cuestión. Es una cuestión complicada, la cual no puedo contestar con precisión. Me limitaré a recordar que los expertos de las Naciones Unidas calculan que el problema del subdesarrollo podría ser completamente resuelto si todos los países desarrollados invirtiesen un tres por ciento de su recaudación nacional en los países atrasados. No sé si será cierto. Pero sé que el tres por ciento de los ingresos de los Estados Unidos sería una cantidad considerable, al igual que el de Europa occidental. Independientemente de los cálculos teóricos, Francia ha invertido de hecho el tres por ciento de su recaudación nacional en las colonias, cada año desde el final de la guerra. Y no se ha arruinado por ello... Debo conceder, no obstante, que las razones operativas no fueron puramente económicas.

El caso francés es interesante porque no tiene nada que ver con los cálculos teóricos de los expertos de la ONU. El tres por ciento francés es el resultado de la adaptación en cierto modo automática de una economía evolucionada a las necesidades de las economías atrasadas conectadas estrechamente con ella. Si se pudiese extrapolar el caso francés, parece que el colonialismo donante podría requerir unos diez mil millones de dólares del conjunto del mundo occidental. Ésa es, ciertamente una carga bastante pesada, pero como muestra el ejemplo francés, no es insostenible.

La segunda cuestión es cómo se debe dar No dispongo ahora del tiempo necesario para hablar de los *Commodity Agreements*. Sólo me gustaría subrayar que nunca he logrado entender los motivos de la aversión estadounidense. Así que tiendo a ver en ella un prejuicio, pero, por supuesto, puedo estar equivocado. Debo confesar, sin embargo, que nuestros amigos americanos aciertan cuando mantienen que sólo con los *Commodity Agreements* no se puede resolver el problema. En cualquier caso, habría que añadir contribuciones directas. Y aquí surge la cuestión de qué debe darse de esta forma directa. A esta pregunta se han dado dos respuestas diferentes, y si se quiere, opuestas.

Las contribuciones directas de los estadounidenses han consistido casi exclusivamente en bienes de consumo, al menos hasta ahora, los cuales no son principalmente del tipo Coca-Cola, como se insinúa a veces con malicia. Las contribuciones directas francesas e inglesas son, en cambio, inversiones sobre el terreno. Los bienes de consumo no sólo están ausentes, sino que son vendidos a mayor precio de lo que cuestan en el mercado mundial. Y me gustaría señalar, de paso, que el método anglofrancés es parecido al que Rusia está aplicando en China en la actualidad.

Es difícil elegir cuál de estos dos métodos ha de ser favorecido. Porque por una parte, es psicológica y políticamente más sencillo dar bienes de consumo excedentes que invertir, en especial cuando se puede estar creando una competencia para los productos nacionales. Tal vez sea mejor, de todas formas, dar algo que no dar nada. Pero, por otra parte, no debe olvidarse que la industrialización de los países atrasados se ha convertido en un mito de nuestro tiempo y que, hasta ahora, este mito sólo se está realizando de forma espectacular fuera del mundo occidental, concretamente, en China, que desde la lejana Europa puede ser difícil de divisar, pero no desde la India, que está bastante más cerca. De todas formas, creo que la industrialización de los países atrasados con enorme población es tan necesaria como fue necesaria para la producción en masa aumentar el poder adquisitivo de las masas domésticas. Así que confieso que prefiero con mucho el método anglofrancés de la inversión sobre el terreno al método americano de enviar productos manufacturados.

Veamos la tercera cuestión, a quién se le ha de dar. Por varias razones, creo que, por una parte, los métodos de ayuda internacional no son ni mucho menos los mejores y que, por otra parte, una ayuda a escala regional sería bastante preferible a una ayuda a escala nacional. Incluso a nivel puramente económico, porque de hecho, existen hoy día regiones económicas naturales. Pero estas regiones, con la perspectiva del colonialismo donante, no son iguales.

Tomemos, para empezar, la región que comprendía el Imperio Mongol, fundado por Gengis Khan y reestablecido económica y políticamente hace bien poco. Allí vemos convivir a 200 millones de rusos relativamente industrializados con 700 millones de asiáticos subdesarrollados. Esto es, cada ruso debería soportar el peso de tres personas subdesarrolladas y media, durante muchas décadas. Ésta es una carga verdaderamente pesada, aunque tal vez no sea insoportable, suponiendo que los rusos continuasen con el ascetismo en el consumo mantenido policialmente, que toleran ya, aunque parece que sin habituarse del todo, durante una cuarentena de años.

Consideremos también la *Sterling Area*. Aquí las cosas tienen peor aspecto. Cada inglés tendría que llevar sobre sus hombros el peso de diez asiáticos "subdesarrollados". Y eso sí sería absolutamente insoportable, pese a la ínclita *austerity* británica, que sin embargo, es bastante menos "ascética" que el socialismo soviético, y que tiene una base moral-religiosa, no policial. Así que parece que, en esta región, el colonialismo donante no podría ser puramente inglés, sino, en todo caso, anglosajón, es decir, angloamericano.

Si a las dos Américas les añadimos la India, Indonesia e Indochina, aunque sea parcialmente, los estadounidenses soportarían un peso *per cápita* que supera con mucho la relación entre rusos y chinos. Sin embargo, como el producto nacional estadounidense no sólo rebasa al ruso, sino que lo superará con creces en el futuro, sería posible para los estadounidenses alcanzar un resultado bastante mejor al de los rusos sin renunciar a la *American way of life*, que, por cierto, no es una senda de "austeridad", por no decir de "ascetismo".

Y *last but not least*, detengámonos en la región europea. Como la región mongola, tiene una larga, larga historia. Esta región fue llamada una vez el *Imperium Romanum*, y sorprendentemente ha conservado durante todo este tiempo una economía viable y robusta. De hecho, los historiadores modernos defienden que esta región se habría preservado, esto es, reestablecido pese a las invasiones bárbaras, si la conquista islámica no hubiese transformado el Mediterráneo. Éste pasó de ser un vínculo económico excepcional a una frontera entre dos mundos y, aunque durante siglos siguió manteniendo cierto tráfico comercial, se convirtió casi exclusivamente en un campo de juegos de guerra.

Pero, entretanto, las personas se han vuelto más serias, más adultas, y no está lejano el tiempo en que se dejarán los juegos y nos dedicaremos sólo a acciones y transacciones serias. Entonces podremos afirmar con toda tranquilidad que la unidad económica de la región mediterránea habrá sido restablecida. Tanto más porque se puede afirmar que, con la perspectiva del colonialismo donante, esta región ha sido bendecida por Dios, ya que cada habitante de los países del norte del Mediterráneo sólo debe cuidarse de medio habitante de los países subdesarrollados del sur y el este, para obtener los mismos o mejores resultados que el resto de las regiones de las que hemos hablado. Y media persona por cabeza apenas representa una carga para Europa, más bien sería, por decirlo así, un lastre estabilizador, tan útil como imperceptible.

Así que resulta de lo más sorprendente leer en los periódicos que el colonialismo donante europeo necesita buscar sus recursos financieros en lugares tan alejados, porque se podrían encontrar en países vecinos, dado que las sumas que se manejan, y de las que se habla, son relativamente pequeñas si las consideramos *à l'échelle européenne*, incluso si, por señalar la diferencia con las superpotencias actuales, se prefiere hablar de una "pequeña" Europa.

La sorpresa se convierte en estupor si advertimos que en esta "pequeña Europa" hay dos o tres países creciendo a un ritmo tan alto que resulta económicamente desestabilizador. Ya que estos países desearían crecer a un ritmo algo menor, podrían tomar ciertas medidas adecuadas para ello, como la reducción de aranceles o el aumento de la importación. Medidas que serían, sin duda, inteligentes, e incluso sabias. Pero no hay que olvidar que, de hecho, todos estos recursos sólo pueden servir para mejorar el nivel de vida de forma muy ligera en un país donde ya se vive "como Dios en Francia". Los miembros verdaderamente pobres de la región económica mediterránea no se beneficiarán de este modo. Si no se actúa con mayor seriedad, si no se practica el colonialismo donante, los clientes del este y el sur del Mediterráneo seguirán siendo pobres, esto es, malos clientes, y por tanto peligrosos.

Debo detenerme aquí, porque ya he hablado largo y tendido, y observo con consternación que ni siquiera he empezado la conferencia propiamente dicha, ya que todo esto no era más que una introducción. Lo único que puedo hacer es resumir al máximo la conferencia.

El título rezaba: perspectiva europea del colonialismo. Debería haber explicado cómo se ve el colonialismo con esta perspectiva, al menos en mi opinión. Así pues, ¿cómo lo veo yo?, o mejor, ¿cómo debería, en mi opinión, verse? En definitiva, ¿cómo debería ser? Mi respuesta tiene tres puntos:

Primero. El colonialismo no debe consistir en tomar, sino en dar, (o si se quiere, en distribuir, en compartir), y a esto se le debe buscar un nombre adecuado.

Segundo. No debe regalar productos manufacturados, sino invertir sobre el terreno.

Tercero. En tanto colonialismo donante europeo, debe cubrir toda la región mediterránea, que ha probado su viabilidad económica, y quizás no expandirse más allá. La región está en la actualidad sólo medio cubierta, a mi entender, de forma adecuada, por el colonialismo donante francés.

Esto podría bastar como bosquejo de mi conferencia. Siento en verdad no poder ofrecerles nada más debido a la falta de tiempo. Y lo siento aún más porque no les he ofrecido más que obviedades, las cuales suelen resultar decepcionantes para el público. Les presento mis disculpas por ello. Pero el hecho es que debo confesar que tengo debilidad por las obviedades, precisamente porque son verdad. Mientras que lo original, a no ser que sea de una genialidad extraordinaria, al final resulta falso. Y he preferido evitar el riesgo de venir a Düsseldorf, gracias a la gentil invitación del Rhein-Rhur Club, a decir algo que pudiera resultar falso.

Traducción de Manuel Vela Rodríguez